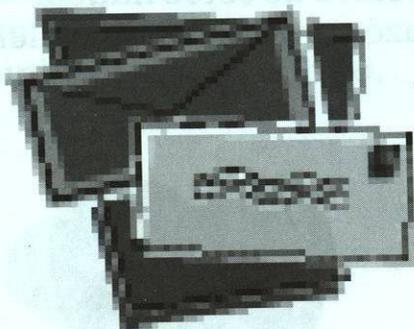


Decisión

Tus cartas nunca llegaron
ni tampoco tus postales
la espera tediosa y larga
colmó la copa servida.

No se cumple tu promesa del regreso
heme aquí en espera del cartero
a lo lejos se divisa el horizonte
tan distante como incierto.

Ya no viene la paloma mensajera
cambió su vuelo por otros lares
hoy decido retomar la vida
en suspenso desde tu partida.



Te extraño madre

Te extraño madre, totalmente
pero sobre todo, tus manos
propiedad de mujer generosa
activa, prudente y buena,
abiertas para prodigar cariño,
plegadas para orar con fe
suaves para acariciar
fuertes para trabajar.

Tus manos, aves morenas
que encierran cantos
enseñanzas de antaño
tiernas como de niño
reacias para el enojo
mansas como de ángel
lisas como de monja
castas como de monje.

De líneas suaves como de mapa
habilidosas en la cocina
y tanto más para la escoba
amantes del jabón y de la plancha
suspirantes para los hijos
limpias para el consejo
combativas contra la mentira
y persuasivas para la verdad.



Encuentro

Te vi y mi corazón abrió sus puertas
te vi y mi día nublado se volvió claro
te vi y tu mirada me llenó de gozo
te vi y tu sonrisa ahuyentó mi paz.

Me viste y eso bastó para amanecer de
nuevo
me viste y el santo se me fue al cielo
me viste y se borró de tajo un rencor
viejo
me viste y el cuerpo estremeció mi
alma.

Nos vimos y nuestras bocas hablaron
con verdad
nos vimos y los demás dejaron de
existir
nos vimos y comprendimos al fin lo
que es el amor
quizá sea pasajero, pero lo que dure
será bueno.



Sin nada

Entre tú y yo, el día y la noche
entre tú y yo, el mar y el cielo
entre tú y yo, el bien y el mal
entre tú y yo, la guerra sin tregua.

Entre tú y yo, la pena y el olvido
entre tú y yo, el combate sin pausa
entre tú y yo, un triste abismo
entre tú y yo, el nadir y el cenit.

Ni tú ni yo, veremos la victoria
si tú ganas, mi dolor te hiere
si yo pierdo, mi soledad es tuya
si yo gano, entre tú y yo, el Nilo.



Apariencias

Si tú te vas, en ese instante
mi alma quedará vacía
mi oído se negará a escuchar
otra voz que no sea tuya.

Si tú te vas, la luna perderá sentido
mis pasos no encontrarán su rumbo
mis manos se volverán inmóviles
y la luz se tornará en tinieblas.

Si tú te vas, contigo partirá mi sombra
la física romperá todas sus leyes
la soledad será mi compañera
y el sol me negará sus rayos.

Si tú te vas, ya no habrá pena
tan grande y profunda como ésta
pues con un beso sellaste con mentiras
a quien siempre gustó de las verdades.



Brindis

Tras décadas de una absurda espera
he de decirte a través del viento
que un nuevo amor apareció en mi huerto
y de par en par le abrí sus puertas.

Tu palabra empeñada perdió peso
la distancia ha recortado tu recuerdo
cada día la extrañeza fue bajando
y tu imagen con el tiempo fue borrosa.

Ya no vuelvas te pido humildemente
fuimos dos, luego uno, ahora dos
mi destino no era tuyo, estoy segura
que eres feliz y puedo serlo, sin unirnos.

Lejos uno del otro quizá aprendimos
que lo nuestro no tenía gran futuro
hoy es tiempo de arriesgarse nuevamente
y beber de la copa del amor en el otoño.



Abrázame

Abrázame, que quiero prolongar este momento
deseo yo perderme entre tus brazos
y contener tu cuerpo con los míos.

Abrázame, olvida tu pasado y tu presente
que no te importe nada sólo ahora
ni quieras más vivencia que ésta nuestra.

Abrázame, que quiero eternizar en este día
el lapso en que descanso entre tus brazos
muy cerca tu corazón del mío.

Abrázame, que quiero enredar el pensamiento
el mío con el tuyo hecho una trenza
capaz de desafiar las conveniencias.

Abrázame, que quiero yo perderme entre tus brazos
romper mi esterilidad en mil pedazos
y guardar este recuerdo de por vida.

Abrázame, que intuyo que te apartas de mi vida
cuando yo te necesito cerca mío
tú eres mi sostén y mi destino.

Abrázame, que pronto asomará el cruel hastío
la vida es gustosa de los cambios
y yo quiero morir en este abrazo.



Evolución

Ayer yo veía con sorpresa
que a los niños les daban los fusiles
y a las niñas, por supuesto, las muñecas
y me dije vagamente: qué torpes son los hombres.



Después cuando fui adolescente
un vecino me dijo: huyamos de la casa
y su fiebre infantil me contagiaba
pero dije ambiguamente: qué torpes son los hombres.

Ya de joven escuchaba dulcemente
los dichos hechos moda de ese entonces
que sólo la mujer casada era realizada
y me dije sin certeza; qué torpes son los hombres.

Ya más cerca del final que del comienzo
mirando la ruptura entre miles de parejas
deduje que nada es para siempre
y me dije con certeza: qué torpes son los hombres.



Aléjate

Aléjate, no quiero que lastimes a mi alma
porque otros a ti se anticiparon
y ya conoció el dolor gracias a ellos.

Aléjate, no quieras engañarme con mentiras
tus palabras suenan huecas y vacías
y con ellas tus ojos no concuerdan.

Aléjate, que temo por mi paz y mi cordura
presiento que tus fines no son nobles
pues eres muy amigo de aventuras.

Aléjate, no tienes el derecho de dañarme
mirad que la vida se cobra las ofensas
por mi bien y por el tuyo, aléjate.

Aléjate, que no quiero acostumbrarme a tus caricias
tenerte algunos días no me basta
prefiero no probar lo que es efímero.

Aléjate, que yo soy sólo mujer de un solo hombre
y quiero estar completa cuando llegue
no importa cuánto tarde o cuánto espere.



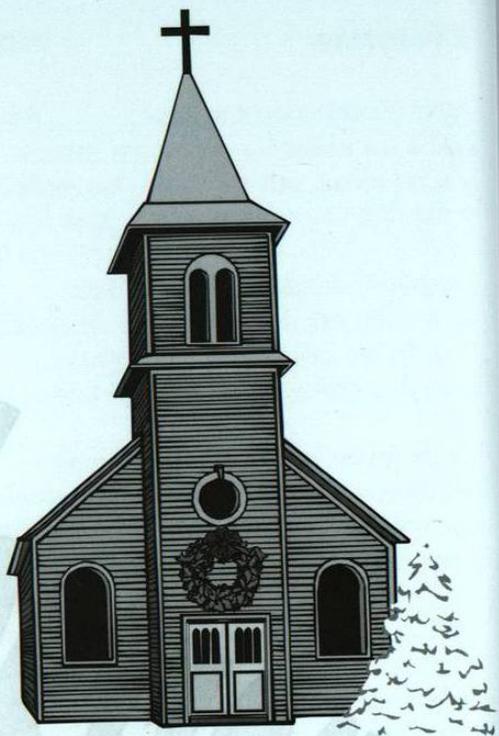
Narraciones

La confesión

Todos los días a los quince para las siete, ella acudía a la misa. Se prometía que ahora, ese día, se atrevería a confesarse para poder comulgar; pero siempre pasaba lo mismo, evitaba hacerlo y salía del templo con el peso de su angustia cotidiana.

Por más que hacía memoria, ella no recordaba desde cuándo comenzó esa angustia sentimental, ese necesitar escuchar su voz, ver su figura que adivinaba esbelta y sobre todo, provocar ese choque de miradas con el cual se alimentaba día tras día.

En cuanto él aparecía, el templo era otro; más iluminado, más completo y los demás ya no existían. Una a una las palabras caían en su oído como centavos de oro; las repetía en su interior y comenzaba su tormento. ¡Qué sabiduría la de ese hombre: Sí, hombre; y saboreaba la palabra.



Se trataba de un templo sencillo. Aún no tenía lugares reservados para el bautizo, confesión y meditar ante el Santísimo. Antes, a ella le había gustado deleitarse en los pocos cuadros que mostraban escenas bíblicas. Sólo los veía y envidiaba la mano de los ejecutores por sentirse sin dones para la pintura y el dibujo. Al devolverse a su infancia, se veía tomando con emoción un lápiz y sobre una hoja en blanco recorrer libremente hacia todos lados, para luego disfrutar queriendo darle nombre y encontrar formas bellas. Los demás se hicieron cargo de que se enterara que carecía de aptitudes y de que si lo volvía hacer sería una pérdida de tiempo y gasto de papel injustificable.

Cuando estudió las figuras geométricas se dio a la tarea de englobar todos los objetos y la sombra de éstos en un círculo o en un cuadrado. Pero de todos ellas lo que más le fascinó fue el triángulo.

Después con la frescura que surge de ver el ayer como hoy, ella veía, cada vez que se detenía ante la escena de Cristo y los ladrones, que constituían un triángulo. En Navidad, María, José y el Niño Jesús, eran otro triángulo y en Cuaresma, miraba con asombro y devoción, como María con Juan y Jesús en la cruz, reflejaban otro triángulo.

En algún momento, su obsesión la lastimaba a niveles de conciencia real, y entonces bajaba la vista

confundida y se decía, como cuando era niña: "¡Esto no está pasando! ¡Esto no me está pasando!"

Pero en seguida volvían esos ataques de furor con que manchaba no sólo su alma, sino también el recinto donde se encontraba "devotamente" tarde tras tarde que contradecían los cánones morales que había conocido y practicado dentro de una familia pobre pero cristiana.

En su defensa ella se repetía que si aquí en el mundo se hace la voluntad de Dios, y él con frecuencia había traído a colación en su homilía, esa frase que a ella le gustaba escuchar para acomodársela livianamente, aquella de que "no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios", porque así sentía menos pesada su incipiente culpa.

Su viudez temprana y el no ser madre, fueron las causas de su aberrante encierro. Comenzó a retomar las amistades, el contacto con los vecinos, y poco a poco, dejó de encontrar la paz, a no ser dentro del espacio que había hecho suyo, desde antes que él llegara: el templo.

- ¿No sabe si hay misa de 8? La voz de la señora con un niño en brazos y otro de la mano, la sacó de su pensar y molesta le preguntó: -¿Qué me dijo?- La señora volvió a preguntar: -Qué si va haber misa de 8. Ella le dijo: -No, va a empezar la de 7, a las 8 no hay. Ya no escuchó el "gracias" porque ella consultó el reloj que

marcó 6:50 y sacando fuerzas de donde pudo se acercó a la silla de los acusados. Él dijo el ceremonial y ella respondió mímicamente y sólo empezó a hablar cuando él preguntó, con esa voz que tanto quería escuchar: -¿Cuáles son tus pecados? Como pudo empezó a balbucear, entre sollozos e interrupciones, el problema cuyo peso la asfixiaba. Al principio él no entendió lo que ella le contaba; comenzó a darle una confesión en que a él le pareció que del enamoramiento que ella hablaba era hacia Cristo y le dijo que no era pecado, que todos somos ovejas queridas por Él y que es natural que como ovejas amemos y sigamos a Cristo.



Ella sacó el pañuelito de su bolsa y se limpió con coraje parte del rostro; así que él se hacía el desentendido, claro, así le resultaba más fácil todo; comprendió que sólo le quedaban dos opciones: seguirle la corriente y quedarse todo como si nada aunque se autotraicionara, o aclararlo todo para que él comprendiera que la vida humana es muy compleja y que el corazón nos juega rudo y sin compasión.

Después de un minuto de silencio, largo e insostenible para él, ella optó por lo segundo, y se encontró con la sana resistencia de él.

-No, padre, usted me está entendiendo mal.

-Por qué, hija.

-Porque yo amo al Señor, sé que El es mi creador y salvador, pero hay otro que se ha hecho dueño de mi corazón.

-Amarás a Dios por sobre todas las cosas, ¿recuerdas?

-Sí, padre, pero también amo al que tengo enfrente.

Él se puso de pie ante tal irreverencia y le dijo: -Arrepiéntete y pide perdón a Cristo por esta ofensa.

Ella se puso de pie y retadoramente le increpó: -Y usted padre, ¿ya lo pidió por esas miradas amorosas que me manda cada vez que lo veo y me ve al mismo tiempo?

El no contestó el ataque, se vio el reloj y le dijo, casi irónicamente: -Voy a cambiarme, es hora de la misa. Ella no se quedó a misa, el mal estaba hecho. Su impasibilidad la desconcertó. Confesaba una verdad y la menospreciaron. Y ahora, cómo buscar la reconciliación espiritual, si había cerrado el único camino para estar bien con Dios.

Hubo de pasar mucho tiempo para que ella se atreviera a volver al lugar donde encontró la paz y donde la perdió. Por años había asistido a otro templo y como el tiempo todo lo cura, un día ella se sintió fuerte como para recuperar una parte de su pasado, que tanto le

había lastimado, pero que ahora veía como una hoja del calendario tirada en los corredores de un parque cercano y limpio.

Fue una mañana de domingo, el templo estaba lleno y muy cambiado. Ahora sí había lugares destinados para cada cosa: confesionario, el baptisterio y el recinto para el Santísimo. Ella se quedó atrás, cerca de la salida; observó que se habían renovado las bancas, ahora con bases reclinatorias; las ventanas lucían brillantes colores que conformaban una cruz ancha y vacía. Se moría por preguntar quién oficiaría la misa pero se abstuvo de hacerlo. En realidad ya no importaba; la enfermedad había pasado.

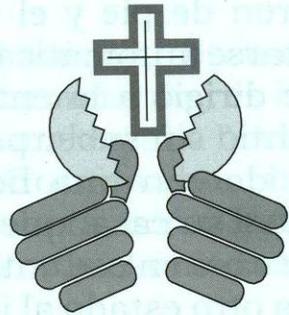
Todos se pusieron de pie y el ruido general que se produjo la hizo levantarse automáticamente. Un cura, alto y afable, saludó y se dirigió a la entrada a recibir a una quinceañera. Ella sintió sin saber porqué un alivio. Por ocho años se había ido con una hermana que vivía en Veracruz, ahora volvía a su casa, que había rentado al hijo de un vecino quien se casó en ese entonces. Como habían cambiado de trabajo a otro estado al joven, le desocuparon la casa. Ella volvió para venderla o quedarse, aún no tomaba la decisión.

Trató de concretarse en el ritual de la misa y al parecer lo consiguió. Al término de ésta, una vecina la saludó y fue quien le contó, sin que ella le preguntara,

que hacía ocho años que él ya no oficiaba y le increpó:- ¡Ah!, pues desde que tú te fuiste con tu hermana a Veracruz.

Ella se mantuvo firme y segura. Se despidió cortésmente y a la pregunta de la vecina acerca de que si se iría a Veracruz o se quedaría en su casa, ella respondió con un marcado desgano:- Aún no lo sé.

No quiso saber más; puso un aviso en el periódico y pronto vendió la casa que su marido le había dejado. Decidió regresar a Veracruz donde buscaría enterrar una etapa indeseable de su vida. Recién comprendía que si las guerras cuestan mucho, la tranquilidad cuesta más.



El perdón

Qué lejos estaba Maridelia de conocer las consecuencias de un acto que encierra generosidad y heroísmo en sus inicios y con el tiempo se vuelve arbitrario e injusto. Cuando lo realizó nunca pensó que el destino se volvería contra ella. En su condición de soltera quiso formar una familia, y buscó ser madre a través de los medios permitidos por la ley.

Creyente en las normas jurídicas y sociales pensó que conseguiría sus fines en poco tiempo y ligeros trámites, pero le sucedió todo lo contrario. La opinión de sus amigos y de sus propios padres la hubiera llevado a la renuncia de su deseo, pero éste había alimentado su alma y decidió actuar conforme su proyecto.

Fueron lentas semanas y largos meses los que hubo de pasar para vislumbrar la viabilidad del deseo que tenía de recibir en su casa a un ser nuevo al que